

LA CONCIENCIA CRÍTICA DE JULIO DE LA VEGA

POR JUAN JOSÉ COY

Tras la colonia, se produce la emancipación. Tras la emancipación, la cultura latinoamericana rechaza sus antecedentes hispánicos para entregarse de pies y manos a la cultura francesa. Este movimiento de repudio de lo hispánico, comprensible y con posibilidades enriquecedoras, no se produce para buscar —y encontrar— las raíces de la propia identidad latinoamericana: y así no se consigue la liberación sino un cambio de dueño.

Más adelante, al comprender esta realidad, la literatura latinoamericana se vuelve sobre ella misma: busca en su propia realidad, en su propia geografía, en su propio folklore, en su propio lenguaje, en su problemática cercana. Pero este nuevo bandazo cultural es empobrecedor, empequeñece, localiza, limita. La corriente folklorista y pintoresca de la literatura latinoamericana no soluciona, sin ambición ni universalismo, ninguno de sus específicos problemas. El provincianismo sigue limitando su literatura.

Tenemos que llegar a épocas muy recientes para comprobar cómo lo mejor y más representativo de la literatura latinoamericana trasciende su propia realidad, es decir se universaliza. No dejándose alienar por una cultura foránea; no recurriendo a un costumbrismo fácil, estrecho e intrascendente; sino profundizando en su realidad circundante. Paradójicamente, entonces y solo entonces, se empieza a producir la auténtica y universal narrativa latinoamericana.

Este flujo y reflujo, tan somera e incompletamente presentado —es decir, tan carente de matices que corre el riesgo de ser falso— tiene en la narrativa boliviana su paralelo equivalente. Ha sido el crítico Oscar Rivera-Rodas quien lo ha puesto de manifiesto, entre otro, en algunos de sus trabajos de investigación literaria. La nueva narrativa boliviana tiene un antecedente significativo en la novela de Marcelo Quiroga Santa Cruz, **Los deshabitados**: era el año 1959. Tuvieron que pasar diez años, con la experiencia de enorme trascendencia que supuso la presencia en Nancahuazú de Ernesto Guevara, para que una serie de criterios, valores y actitudes, quedaran afectados en lo sociológico y de rechazo en lo literario. Con la novela de Quiroga Santa Cruz por lo que se refiere a lo temático y formal; con esta experiencia guerrillera y liberadora en lo socio-político, Bo-

livia quedaba incorporada al amplio movimiento liberador, a la llegada a un comienzo de conciencia crítica, a la toma de contacto con otras realidades con movimientos paralelos contra la esclavizante dependencia, no ya en la América Latina, sino en el mundo entero. Dos jóvenes periodistas bolivianos —naturalmente exiliados desde el golpe fascista de agosto de 1971— han publicado recientemente un libro, en Santiago de Chile, de significativo título: “**Bolivia, ¿el Vietnam que anunció el Ché?**”

JULIO DE LA VEGA

La introducción ha sido larga pero necesaria: pues dentro de esas coordinadas, en este contexto, hay que localizar al poeta cruceño Julio de la Vega, no nuevo estrictamente hablando desde un punto de vista generacional, pero sí nuevo en otro sentido: a sus tres primeras obras poéticas le sucede ahora, hace tan solo unos meses, una novela, **Matías el apóstol suplente**. Las conclusiones a que esta novela nos lleva son importantes, no pueden pasar desapercibidas. Vamos a intentar ponerlas de manifiesto.

Julio de la Vega (Santa Cruz de la Sierra, 1924) ha publicado hasta ahora tres libros de poesía: en 1957, **Amplificación temática**; en 1960, **Temporada de líquenes**; y en 1966, **Poemario de exaltaciones**. Con esta última obtuvo el gran premio nacional de poesía “Franz Tamayo”, creado ese mismo año por la Alcaldía de la Paz. La irrupción de Julio de la Vega en la narrativa se produce hace recién un año, con **Matías el apóstol suplente**, novela escrita hace cuatro “pero que las dificultades inherentes a la publicación en nuestro medio la habían venido postergando” —dato que el propio autor ha proporcionado—. ¿Cuál es el tema de esta novela importante, cuál su técnica expresiva, cuál su significado y alcance?

TRASCENDENCIA

Decía el griego Kazantzakis que “aquel que sufre y lucha sobre un terrón de tierra, sufre y lucha sobre toda la tierra”. Ilustra la ilustre cita algo de lo que quedó indicado un poco más arriba: para salir del provincialismo folklórico y estrecho no es válido dejarse alienar por una cultura extraña; no es válido dejarse impregnar superficial y costumbristamente por esas características de lo circundante. Hay que ahondar en esa realidad cercana, hay que profundizar en ella para trascenderla: en lo más profundo, lo esencial humano queda descubierto. Cuanto más profundamente individual es el hombre tanto más llega a contribuir al acervo humano de todos los hombres. Este es el sentido, en definitiva, de la selección temática de Julio de la Vega: las hipotéticas, imaginarias, divertidas y certeras memorias de Matías, el último apóstol gracias al dado, producto de la suerte, un hombre como cualquiera otro. Es esta una curiosa forma de trascendencia que han puesto en práctica de forma notables escritores como Jean Anouilh y su Juana de Arco y su Thomas Becket; o Robert Bolt y su **A Man for all Seasons**, o el propio Kazantzakis en su **Cristo de nuevo crucificado**, o John Osborne y su **Luther**, John Updike

en **El Centauro**, Henri de Montherlant en **El Cardenal de España**... El recurso nada tiene de nuevo en sí mismo considerado: la novedad estriba en comprobar su aparición en la actual novelística boliviana; y en comprobar sus magníficos resultados en la obra concreta que ahora nos ocupa, de Julio de la Vega, **Matías el apóstol suplente**. Mediante una curiosa interpolación de planos espacio-temporales, que habremos de comentar a continuación, Julio de la Vega trasciende efectivamente de su espacio y de su tiempo pero ahondando en ellos, extrayendo lo que de esencial humano puede llegar a tener la lucha liberadora, exterior del imperialismo e interior... el hombre de sí mismo. Ha escrito recientemente Herbert Marcuse **An Essay on Liberation** que pone de relieve hasta qué punto el quehacer exigente de la liberación afecta no solo a los hombres del llamado tercer mundo, sino también a cuantos caen bajo la órbita del capitalismo devorador tanto como a cuantos viven bajo el yugo del pseudosocialismo, burocratizado, postituido y dictatorial. Y es que el problema es universal y totalizante: de la autoliberación interior a la exterior, de la modesta y reducida a nivel personal, hasta la macrocósmica a nivel mundial. Quien se deja esclavizar por el consumo, la propaganda y ciertos trucos de nivel de vida superior, a la modesta escala a que sea capaz de referirse su acción, mal puede comprender la importancia de una auténtica liberación mundial. Este es el peregrinaje interior de Matías, este pintoresco apóstol suplente que vale para entonces y vale para ahora mismo. Un hombre como tantos, con sus ilusiones y sus desánimos, sus luces y sus sombras, sus intuiciones certeras y sus mezquindades. Un hombre como cualquiera otro. Mártir finalmente, por sus creencias. Quizá un poco por casualidad.

IMMANENCIA

Pero mediante una interpolación de planos, hábilmente manejada, la realidad presente se nos hace más vívida. Un maestro —que puede que sea el Ché o que no lo sea—; unos seguidores —que pueden ser o no ser cuantos con él se embarcaron en la catástrofe concluida en la escuela de Vallegrande, potenciada la represión local por la eficacia de la foránea por todos conocida—; una misión redentora, o liberadora, que puede llegar a encontrar en lo cristiano un estímulo alentador —aunque durante mucho tiempo, y aun ahora, sigo encontrando en ello precisamente lo contrario, un factor de alienación, de conformismo, de comodidad, de justificante pacifismo para “no mancharse las manos” que es tanto como querérselas lavar. Las aplicaciones pueden ser múltiples, pero no son ellas lo que más interesa de esta obra peculiar.

Lo que más interesa en **Matías el apóstol suplente** es su enorme potencial revolucionario —en el mejor y más noble sentido de la palabra—. Cualquiera podría pensar que Julio de la Vega comparte el criterio de uno de los personajes de la reciente novela de Bernard Malamud, **The Tenants**, cuando uno de los escritores retratados le dice al otro: “El arte es acción, no te rindas, Bill”. “La función del intelectual en la sociedad boliviana actual es la de ser testigo de su tiempo. Y actuar siempre de buena fe en esa actitud de testimonio. Creo que debe tener (el escritor) una fun-

ción política, aunque no hace falta que esta sea militante en el sentido de dirigida. Me refiero a que debe tener una doctrina política". Estas palabras, de Julio de la Vega, iluminan efectivamente la intencionalidad de su obra. Y quien la quiera entender, que saque sus consecuencias. Será difícil porque con frecuencia a quienes van dirigidas esta clase de obras, en buena parte, son analfabetos.

IRONÍA

De esta continua trasposición de planos espacio-temporales de que hablamos, se deriva uno de los méritos literarios básicos de esta narración: se refiere a su ironía. Es una de las virtudes más sobresalientes, más maduras, más conseguidas en la obra de Julio de la Vega. Se produce constantemente una ruptura lógico-lingüística, con una serie de anacronismos o etimologías mecánicas y pintorescas, de divertido y efectista resultado, que contribuyen igualmente a enraizar la expresión en lo boliviano pero trascendiendo de nuevo límites concretos. El vocabulario, los giros, la sintaxis, las peculiaridades expresivas bolivianas, tienen cabida en esta novela singular aún en aquellos pasajes que explícitamente se refieren al tiempo histórico inmediatamente posterior a la muerte y resurrección de Cristo. El estudio completo de estas modalidades lingüísticas, en su contexto y con los resultados concretos que con el recurso se obtienen, daría para un comentario mucho más amplio que desborda los límites inevitables de este comentario. Baste aquí dejar constancia de esta realidad, magnífica, muy conseguida, extraordinariamente elaborada que rompen con gran maestría irónica el espacio y el tiempo de Matías de ayer y de Matías de hoy.

INTERROGANTES

Matías el apóstol suplente es novela importante y de enorme actualidad. Nos plantea una serie de interrogantes sobre nuestra forma social de vivir lo cristiano que no pueden pasar desapercibidas para cualquier persona a quien esto le preocupe de algún modo. El centralismo, el jurisdicismo, la letra que mata contra el espíritu que vivifica, la sencillez evangélica contra el barroquismo de las instituciones, costumbres, ropajes..., la burocratización, una mal entendida jerarquización en la que el llamado "carrerismo" es lo único que parece importar. Igualmente el comentario de este aspecto de la obra de Julio de la Vega podría ser en verdad aleccionador.

La posibilidad liberadora del fenómeno cristiano ha sido ignorada, o combatida, desvirtuada o caricaturizada, burocratizada, atrapada en papel con pólizas, firmas y sellos, todo ante notario. El enorme potencial revolucionario cristiano ha sido domesticado, ahogada en una burocracia agobiante, en un jurisdicismo religiosamente falso, en un moralismo hipócritamente formalista, o en un espiritualismo desencarnado y alienante. La posibilidad de restituirle a lo cristiano su verdadero sentido renovador es una de las posibles aportaciones de **Matías el apóstol suplente**, de Julio de la Vega.